

El muchacho lo había traído de la Terraza en una cantina.* Trafa en el bolsillo dos juegos de cubiertos de cubiertos, cada uno envuelto en una servillera de papel.

—¿Quién te ha dado esto?

—Martín. El dueño.

—Tengo que darle las gracias.

—Ya yo se las he dado —dijo el muchacho—. No tiene por qué dárselas.

—Le daré la ventrecha* de un gran pescado —dijo el viejo—. ¿Ha hecho esto por nosotros más de una vez?

—Creo que sí.

—Entonces tendré que darle más que la ventrecha. Es muy considerado con nosotros.

—Mandó dos cervezas.

—Me gusta más la cerveza en lata.

—Lo sé. Pero ésta es en botella. Cerveza Hatuey. Devolveré las botellas.

—Muy amable de tu parte —dijo el viejo—. ¿Comemos?

—Es lo que yo proponía —le dijo el muchacho—. No he querido abrir la cantina hasta que estuviera usted listo.

—Ya estoy listo. Sólo necesito tiempo para lavarme. ¿Dónde se lavaba?, pensó el muchacho. El pozo del pueblo estaba a dos cuadras de distancia, camino abajo. Debí de haber le traído aqua, pensó el muchacho; y jabón y una buena toalla.

*CANTINA: caja dividida en varios compartimientos que sirve para llevar comida.

*VENTRECHA: vientre de los pescados.

¿Por qué seré tan desconsiderado? Tengo que conseguirle otra camisa y una chaqueta para el invierno y alguna clase de zapatos y otra frazada.

—Tu asado es excelente —dijo el viejo.

—Hábleme de béisbol —le pidió el muchacho.

—En la liga americana, como te dije, los Yankees —dijo el viejo muy contento.

—Hoy perdieron.

—Eso no significa nada. El gran DiMaggio vuelve a ser lo que era.

—Tienen otros hombres en el equipo.

—Naturalmente. Pero con él la cosa es diferente. En la otra liga, entre el Brooklyn y el Filadelfia, tengo que quedarme con el Brooklyn. Pero luego pienso en Dick Sisler y en aquellos lineazos suyos en el viejo parque.

—Nunca hubo nada como ellos. Jamás he visto a nadie mandar la pelota tan lejos.

—¿Recuerdas cuando venía a la Terraza? Yo quería llevar lo a pescar, pero era demasiado tímido para decírselo. Luego te pedí a ti que se lo propusieras y tú eras también demasiado tímido.

—Lo sé, fue un gran error. De haber ido con nosotros, el recuerdo nos habría quedado para toda la vida.

—Me hubiera gustado llevar a pescar al gran DiMaggio —dijo el viejo—. Dicen que su padre era pescador. Quizás fuese tan pobre como nosotros y comprendiese.

—El padre del gran Sisler no fue nunca pobre, y jugó en las grandes ligas cuando tenía mi edad.

—Cuando yo tenía tu edad me hallaba de marinero en un velero de altura que iba al África y he visto leones en las playas al atardecer.

—Lo sé. Usted me lo ha dicho.

—¿Hablamos de África o de béisbol?

—Mejor de béisbol —dijo el muchacho—. Háblame del gran John J. McGraw.

—A veces, en los viejos tiempos, solía venir también a la Terraza. Pero era rudo, boca sucia y difícil cuando estaba bebido. No sólo pensaba en la pelota, sino también en los caballos. Por lo menos llevaba listas de caballos constantemente en el bolsillo y con frecuencia pronunciaba sus nombres por teléfono.

—Era un gran manager —dijo el muchacho—. Mi padre cree que era el más grande.

—¿Quién es realmente el mejor manager, Luque o Mike González?

—Creo que son iguales.

—El mejor pescador es usted.

—No. Conozco otros mejores.

—Qué va —dijo el muchacho—. Hay muy buenos pescadores y algunos grandes pescadores. Pero como usted, ninguno.

—Gracias. Me haces feliz. Ojalá no se presente un pez tan grande que nos haga quedar mal.

—No existe tal pez, si está usted tan fuerte como dice.

—Quizás no esté tan fuerte como creo —dijo el viejo—. Pero conozco muchos trucos y tengo voluntad.

—Ahora debiera ir a acostarse para estar descansado por la mañana. Llevaré otra vez las cosas a la Terraza.

—Entonces buenas noches. Te despertaré por la mañana.

—Usted es mi despertador —dijo el muchacho.

—La edad es mi despertador —dijo el viejo.

—¿Por qué los viejos despertarán tan temprano? ¿Será para tener un día más largo?

—No lo sé —dijo el muchacho—. Lo único que sé es que los jovencitos duermen profundamente y hasta tarde, a veces.

—De acuerdo —dijo el viejo—. Te despertaré temprano.

—No me gusta que el patrón me despierte. Es como si me sintiera inferior.

—Comprendo.

—Que duerma bien, viejo.

El muchacho salió. Habían comido sin luz en la mesa, el viejo se quitó los pantalones y se fue a la cama a oscuras. Enrolló los pantalones para hacer una almohada, poniendo el periódico dentro de ellos. Se envolvió en la frazada y durmió sobre los otros periódicos viejos que cubrían los muelles de la cama.

Se quedó dormido enseguida y soñó con África, en la época en que era muchacho, con las largas playas doradas y blancas, tan blancas que lastimaban los ojos, y los altos promontorios y las grandes montañas pardas. Vivía entonces todas las noches a lo largo de aquella costa y en sus sueños sentía el rugido de las olas contra la rompiente y veía venir a través de ellas los botes de los nativos. Sentía el olor a breva y estopa de la cubierta mientras dormía y el olor de África que la brisa de tierra traía por la mañana.

Generalmente, cuando olía la brisa de tierra despertaba, se vestía y se iba a despertar al muchacho. Pero esta noche el olor de la brisa de tierra vino muy temprano y él sabía que era demasiado temprano en su sueño y siguió soñando para ver los blancos picos de las islas que se levantaban del mar y luego soñaba con los diferentes puertos y fondeaderos de las Islas Canarias.

No soñaba ya con tormentas ni con mujeres ni con grandes peces ni con peleas ni competencias de fuerza ni con su esposa. Sólo soñaba con lugares y con leones en la playa. Jugaban como gatitos a la luz del crepúsculo y él les tenía cariño lo mismo que al muchacho. No soñaba jamás con el muchacho. Simplemente despertaba, miraba por la puerta abierta a la luna y desenrollaba sus pantalones y se los ponía. Orinaba junto a la choza y luego subía al camino a despertarlo. Temblaba del frío de la mañana. Pero sabía que temblando se calentaría y que pronto estaría remando.

La puerta de la casa donde vivía el muchacho no estaba cerrada con llave; la abrió calladamente y entró descalzo. El muchacho estaba dormido en un catre en el primer cuarto y el viejo podía verlo claramente a la luz de la luna moribunda. Le cogió suavemente un pie y lo apretó hasta que el muchacho despertó, se volvió y lo miró. El viejo le hizo una seña con la cabeza y el muchacho cogió sus pantalones de la silla junto a la cama y, sentándose, en ella, se los puso.

El viejo salió afuera y el muchacho tras él. Estaba soñoliento, el viejo le echó el brazo sobre los hombros y dijo:

—Lo siento.

—Qué va —dijo el muchacho—. Es lo que debe hacer un hombre.

Marcharon camino abajo hasta la cabaña del viejo. Todo a lo largo del camino, en la oscuridad, se veían hombres descalzos portando los mástiles de sus botes.

Cuando llegaron a la choza del viejo, el muchacho cogió los rollos de sedal de la cesta, el arpón y el bichero y el viejo llevó el mástil con la vela arrollada al hombro.

—¿Quiere usted café? —preguntó el muchacho.

—Pondremos el aparejo en el bote y luego tomaremos un poco.

Tomaron café en latas de leche condensada en un puesto que abría temprano y servía a los pescadores.

—¿Qué tal ha dormido, viejo? —preguntó el muchacho.

Ahora estaba despertando aunque todavía le era difícil dejar su sueño.

—Muy bien, Manolín —dijo el viejo—. Hoy me siento confiado.

—Lo mismo yo —dijo el muchacho—. Ahora voy a buscar sus sardinas, las mías y sus carnadas frescas. El dueño trae el mismo nuestro aparejo. No quiere que nadie lo lleve.

—Somos diferentes —dijo el viejo—. Yo te dejaba llevar las cosas cuando tenías cinco años.

—Lo sé —dijo el muchacho—. Vuelvo en seguida. Tome otro café. Aquí tenemos crédito.

Salió, descalzo, por las rocas de coral hasta la nevera donde guardaban las carnadas.

El viejo tomó lentamente su café. Era lo único que tomaba en todo el día y sabía que debía tomarlo. Hacía mucho tiempo que le mortificaba comer y jamás llevaba un almuerzo. Tenía una botella de agua en la proa del bote y eso era lo único que necesitaba para todo el día.

El muchacho estaba de vuelta con las sardinas y las dos carnadas envueltas en un periódico y bajaron por la vereda

hasta el bote, sintiendo la arena con piedrecitas debajo de los pies. Levantaron el bote y le empujaron al agua.

—Buena suerte, Santiago.

—Buena suerte —dijo el viejo. Ajustó las amarras de los remos a los toletes y echándose adelante contra los remos empezó a remar, saliendo del puerto en la oscuridad. Había otros botes de otras playas que salían a la mar y el viejo sentía sumergirse las palas y empujar aunque no podía verlos ahora que la luna se había ocultado detrás de las lomas.

A veces alguien hablaba en un bote. Pero en su mayoría los botes iban en silencio, salvo por el rumor de los remos. Se desplegaron después de haber salido de la boca del puerto y cada uno se dirigió hacia aquella parte del océano donde es peraba encontrar peces. El viejo sabía que se alejaría mucho de la costa y dejó atrás el olor a tierra y entró remando en el limpio olor matinal del océano. Vio la fosforescencia de los sargazos en el agua mientras remaba sobre aquella parte del océano que los pescadores llaman el gran hoyo porque se producía una súbita hondonada de setecientas brazas, donde se congregaba toda suerte de peces debido al remolino que hacía la corriente contra las escabrosas paredes del lecho del océano. Había aquí concentraciones de camarones y peces de carnada y a veces manadas de calamares en los hoyos más profundos y de noche se elevaban a la superficie donde los peces merodeadores se cebaban en ellos.

En la oscuridad el viejo podía sentir venir la mañana y mientras remaba oía el tembloroso rumor de los peces voladores que salían del agua y el siseo que sus rígidas alas hacían surcando el aire en la oscuridad. Sentía una gran atracción por los peces voladores que eran sus principales amigos en el océano. Sentía compasión por las aves, especialmente las pequeñas, delicadas y oscuras golondrinas de mar que andaban siempre volando, buscando y casi nunca encontraban, y pensó: las aves llevan una vida más dura que nosotros, salvo las de rapiña, las grandes y fuertes. ¿Por qué habrán hecho pájaros tan delicados y tan finos como esas golondrinas de mar cuando el océano es capaz de tanta crueldad? El mar es

dulce y hermoso. Pero puede ser cruel, y se encoleriza tan súbitamente que esos pájaros que vuelan picando y cazando, con sus tristes vocecillas, son demasiado delicados para la mar.

Decía siempre la mar. Así es como le dicen en español cuando la quieren. A veces los que la quieren hablan mal de ella, pero lo hacen siempre como si fuera una mujer. Algunos de los pescadores más jóvenes, los que usaban boyas y flotadores para sus sedales y tenían botes de motor comprados cuando los hígados de tiburón se cotizaban altos, empleaban el artículo masculino, le llamaban el mar. Hablaban del mar como de un contendiente o un lugar, o de un enemigo. Pero el viejo lo concebía siempre como perteneciente al género femenino y como algo que concedía o negaba grandes favores, y si hacía cosas perversas y terribles era porque no podía remediarlo. La luna, pensaba, le afectaba lo mismo que a una mujer.

Remaba firme y seguidamente y no le costaba un esfuerzo excesivo porque se mantenía en su límite de velocidad y la superficie del océano era plana, salvo por los ocasionales remolinos de la corriente. Dejaba que la corriente hiciera un tercio de su trabajo y cuando empezó a clarear vio que se hallaba ya más lejos de lo que había esperado estar a esa hora.

Durante una semana, pensó he trabajado en las profundas hondonadas, y no hice nada. Hoy trabajaré allá donde están las manchas de bonitas y albacoras* y acaso haya un pez grande con ellos.

Antes de que se hiciera realmente de día había sacado sus carnadas y estaba derivando con la corriente. Un cebo llegaba a una profundidad de cuarenta brazas. El segundo a sesenta y cinco y el tercero y el cuarto descendían allá hasta el agua azul a cien o ciento veinticinco brazas.

Cada cebo pendía cabeza abajo con el asta o tallo del anzuelo dentro del pescado que servía de carnada, sólidamente

*ALBACORAS: pez comestible, de carne más blanca que el bonito.

cosido y amarrado. Toda la parte saliente del anzuelo, la curva y el garfio, estaba recubierto de sardinas frescas. Cada sardina había sido empalada por los ojos, de modo que hacían una semiguirnalda en el acero saliente. No había ninguna parte del anzuelo que pudiera dar a un gran pez la impresión de que no era algo sabroso y de olor apetecible.

El muchacho le había dado dos pequeños bonitos frescos, que colgaban de los sedales más profundos como plumadas, y en los otros tenía una abultada albacora y un atún* que habían sido usados antes, pero estaban en buen estado y las excelentes sardinas les prestaban aroma y atracción. Cada sedal, del espesor de un lápiz grande, iba enroscado a una varilla verdosa, de modo que cualquier tirón o picada al cebo haría sumergir la varilla; y cada sedal tenía dos adujas* o rollos de cuarenta brazas que podían empatarse a los rollos de re- puesto, de modo que, si era necesario, un pez podía llevarse más de trescientas brazas.

El hombre vio ahora descender las tres varillas sobre la borda del bote y remó suavemente para mantener los sedales es- tirados y a su debida profundidad. Era día pleno y el sol po- día salir en cualquier momento.

El sol se levantó tenuamente del mar y el viejo pudo ver los otros botes, bajitos en el agua, o bien hacia la costa, desplegados a través de la corriente. El sol se tornó más brillante y su resplandor cayó sobre el agua; luego, al levan- tarse más en el cielo, el plano mar lo hizo rebotar contra los ojos del viejo, hasta causarle daño; y siguió remando sin mirarlo. Miraba al agua y vigilaba los sedales que se sumer- gían verticalmente en la tiniebla del agua. Los mantenía más rectos que nadie, de manera que hubiera un cebo esperando a cualquier pez que pasara por allí. Otros los dejaban correr a la deriva con la corriente y a veces estaban a sesenta bra- zas cuando los pescadores creían que estaban a cien.

*ATÚN: pez de 2 a 3 metros de largo cuya carne es de gusto agradable.

*ADUJAS: cada una de las vueltas circulares de cualquier cebo que se recoge en tal forma.

Pero, pensó el viejo, yo los mantengo con precisión. Lo que pasa es que ya no tengo suerte. Pero ¿quién sabe? Acaso hoy. Cada día es un nuevo día. Es mejor tener suerte. Pero yo prefiero ser exacto. Luego, cuando venga la suerte, estaré dispuesto.

El sol estaba ahora a dos horas de altura y no le hacía tanto daño a los ojos mirar al Este. Ahora sólo había tres botes a la vista y lucían muy bajo y muy lejos hacia la ori- lla.

Toda mi vida me ha hecho daño en los ojos el sol nacien- te, pensó. Sin embargo, todavía están fuertes. Al atardecer puedo mirarlo de frente sin deslumbrarme. Y por la tarde tie- ne más fuerza. Pero por la mañana es doloroso.

Justamente entonces vio una de esas aves marinas llama- das fragatas con sus largas alas negras girando en el cielo sobre él. Hizo una rápida picada, ladeándose abajo, con sus alas tendidas hacia atrás, y luego siguió girando nuevamente.

—Ha cogido algo —dijo en voz alta el viejo—. No sólo está mirando.

Remó lentamente y con firmeza hacia donde estaba el ave trazando círculos. No se apuró y mantuvo los sedales verti- calmente. Pero había forzado un poco la marcha a favor de la corriente, de modo que todavía estaba pescando con corrección, pero más lejos de lo que hubiera pescado si no tratara de guiarse por el ave.

El ave se elevó más en el aire y volvió a girar sus alas inmóviles. Luego picó de súbito y el viejo vio una partida de peces voladores que brotaban del agua y navegaban desespe- radamente sobre la superficie.

—Dorados —dijo en voz alta el viejo—. Dorados gran- des.

Montó los remos y sacó un pequeño sedal debajo de la proa. Tenía un alambre y un anzuelo de tamaño mediano y lo

La extraña luz que el sol hacía en el agua, ahora que estaba más alto, significaba buen tiempo, lo mismo que la forma de las nubes sobre la tierra. Pero el ave estaba ahora casi fuera del alcance de la vista y en la superficie del agua no aparecía más que algunos parches de amarillo sargazo requemado por el sol y la redondeada, iridiscente, gelatinosa y violácea vejiga de una medusa flotando a corta distancia del bote.

Flotaba alegremente como una burbuja con sus largos y mortíferos filamentos purpurinos a remolque por espacio de una yarda.

—Agua mala —dijo el hombre—. Puta.

Desde donde se balanceaba suavemente contra sus remos bajó la vista hacia el agua y vio los diminutos peces que tenían el color de los largos filamentos y nadaban entre ellos y bajo la breve sombra que hacía la burbuja en su movimiento a la deriva. Eran inmunes a su veneno. Pero el hombre, no. Cuando algunos de los filamentos se enredaban en el cordel y permanecían allí, viscosos y violáceos mientras el viejo laboraba por levantar un pez, sufría verdugones y escoriaciones en los brazos y manos como los que producen el guao* y la hiedra venenosa. Pero estos envenenamientos por el agua mala actuaban rápidamente y como latigazos.

Las burbujas iridiscentes eran bellas. Pero eran la cosa más falsa del mar y el viejo gozaba viendo cómo se las comían las tortugas marinas. Las tortugas las veían, se les acercaban por delante, luego cerraban los ojos, de modo que, con su caparacho, estaban completamente protegidas, y se las comían con filamentos y todo. El viejo gustaba de ver a la tortuga comiéndoselas y gustaba de caminar sobre ellas en la playa, después de una tormenta, y oír las reventar cuando les ponía encima sus piez callosos.

*GUAO: arbusto de México, Cuba y Ecuador.